

*"Hoy, que la suerte quiere que te vuelva a ver
Ciudad porteña de mi único querer
Oigo la queja de un bandoneón
Dentro, mi pecho pide rienda al corazón"*
CARLOS GARDEL

ANTES DE EMPEZAR

Alfonso es preciso y no exento de ternura cuando disecciona el reciente disco de Nacho Vegas, cuando hace verbo breve a la memoria del incalculable Escohotado, cuando cuenta un recorrido por la calle Valderribas, que urge a uno a recorrerla y comprar una nave para reconvertirla en loft bohemio, sin dejar de mezclarse entre los vecinos añejos. Alfonso apela al elogio de la sabiduría que encierra el preludio de una conversación en un bar de talante andaluz. Leve como la pluma de *A Felicidade* como emotivo en sus retratos de Eusebio o las palomas, el azul del cielo de Madrid, las vacaciones, los cruceros y Los Días Felices que se presentan como cuento sensible y dulcemente doloroso.

Reseña a Azorín para enmarcarlo, y con el Cura Bandalero, el perfume de castañas en noviembre y La Latina vestida de gala, escribe (construye o recopila) este álbum

de fotografías literarias madrileñas para nuestro deleite lector. Quizás Alfonso se adhiera a lo que dice Hemingway: «Este libro contiene material de los remanentes de mi memoria y mi corazón. Aunque uno de los dos haya sido manipulado y el otro no exista». porque este Ussía sobrevuela tachos de basura y lugares elegantes, quizás luminoso en su propia sombra. El autor es una caja de Pandora, que igual llega a tu casa con El Cossío que escribe un discurso para «presidenciables» sentado en el cordón de la vereda o la contrabarrera del Tendido Nueve. Un novelista que vuelve su mirada sobre el tan madrileño Puente de los Suicidas, el viaducto oportunamente mencionado por Juan Manuel de Prada en el consagratorio *Las Máscaras del Héroe*, o recorre los caseríos cuidando a Polo Targo, su héroe y amigo.

Si la literatura breve impresa en el periódico de ayer —ese paréntesis entre el periodismo y la literatura que son «las columnas»— sobrevive mordaz e inquieto, entonces alguien va a escribir algunas para Alfonso J. Ussía. Hijo de su padre y de su madre.

ANDRÉS CALAMARO

Septiembre 2025

I

LA CIUDAD QUE SE PIERDE

Aquello que somos – Y Sabina dejó de cantar en
los bares – Madrid como excusa para seguir escri-
biendo

1. Los domingos que fuimos

Las terrazas se ocupan a medias. Solo los fumadores aguantan el frío de la sierra. Viene para quedarse. Le pasa a noviembre. El ruido y la furia se paran hoy domingo, porque hasta en eso guardamos tradiciones. Incluso quienes las detestan. Y me vienen a la cabeza aquellos domingos largos, los que eran cuando nada dolía. A veces calculábamos el tiempo que duraba la misa de once, sentados los dos en la cafetería esa que no te gustaba nada de Miguel Ángel.

Tú leías la prensa despacio. Yo trataba de ver la página que habías recortado para leerte. A menos veinte pedías la cuenta. A veces pasábamos después por Mónico y nos llevábamos medio mostrador. Tenemos la misma gula. No he vuelto a probar una croqueta como esa. A ti te pirraban los huevos encapotados. Quizá, por eso, ninguno de estos domingos es como los de entonces. Aunque no han cambiado tanto porque hoy Madrid tiene la misma luz blanca que hiela un poco. Aunque todo sea distinto. Recuerdo que

esos domingos no tenían reuniones ni manera de alejarnos. Eran nuestros. Como también lo era el tiempo.

Este parecía tener más horas, más minutos. Aprovechábamos para visitar a los abuelos. Eran tan mayores que parecían eternos, que siempre estarían ahí de la misma forma, esperándonos para verles el domingo que viene. Luego me di cuenta de que estaban en el otoño de su tiempo, como ahora vosotros. Y la de cosas que les hubiera preguntado si hubiera sabido antes de qué iba esto de vivir. Por eso ahora intento que los míos se den cuenta. Que después del otoño viene el invierno y es posible que entonces duelan las primeras ausencias. Seguro que también piensan que durará siempre. Ahora temo que les haga daño entenderlo, aunque sea inevitable. Que su cuadro no tendrá el mismo paisaje. **Que todavía están a tiempo de mirar cada detalle. Que no tengan prisa. Que ahora es lo que toca.**

Después venían las tardes inabarcables entre las páginas de Wilbur Smith o los cuentos de Dickens. De seis a nueve parecía un día entero. Tú veías el fútbol en la televisión mientras escuchabas la radio. La ventaja de un solo mando, ninguna otra pantalla, y una biblioteca repleta de series y plataformas que ahora se consumen en pantallas y roban el aburrimiento de los pequeños. Y el olor de las páginas de papel. Y encontrar otro tesoro que no había visto antes, en la misma estantería que tantas veces había mirado, sin percatarme de ese lomo que escondía entre sus páginas otro caso resuelto por Plinio.

Lo mejor de noviembre, de un domingo como el de hoy, es tener la certeza de que te pertenece. Que Madrid baja el ritmo. Que todavía la ciudad se acuerda de respirar un poco. Aparca la prisa. Te brinda una oportunidad de hacer las cosas a su tiempo, despacio. Ya sea disimulando el tiempo que dura una misa, cocinando, o saliendo a comer con quienes también te regalan su domingo como quienes te dan un trozo de ellos mismos. Que no durará siempre y que por eso debes aprovecharlo. **Para que luego te acuerdes de los domingos que fueron.** De los que ya no volverán, aunque haga el mismo frío de noviembre que hizo entonces. Aunque también la luz de hoy sea más blanca porque las nubes se confunden y no saben si llover o solo tapar el sol.

Decía Carlos Chaouen que madurar es regresar a tu padre”, aunque yo no vea el fútbol ni escuche la radio los domingos. Casi no me pongo chaquetas, pero sí que compro el ABC y veo a Pedro impaciente por coger la página que acabo de recortar. Esta cafetería nos gusta a los dos. Y encima me dejan fumar en la terraza, medio vacía por el frío de la sierra que escribí arriba. Mónico cerró, pero nos vale la Pastelería América aquí en Menéndez Pelayo. Y es muy probable que algún día él se acuerde de todos estos domingos en los que nada ni nadie nos separa. Son suyos. Como los de entonces fueron míos.

Madrid se despierta y está nublado. Hay jaleo en el Rastro y se empieza a llenar el centro con eso de diciembre.

Está a la vuelta de la esquina. Por eso deben hacer algo que luego ellos recuerden. Algo que no quepa en una foto de Instagram. **Algo que les dé calor cuando el frío no les deje salir de casa.** Antes de que su paisaje sea ya distinto.

2. La semana y sus veinticuatro horas

Madrid era un lunes a domingo tradicional, de siempre. Se compartimentaba en horarios, normas y costumbres que ordenaban los usos y los ajetreos de la villa. **Un domingo era domingo todo el día.** La gente se recluía en sus penas, se viajaba de vuelta, apenas se escuchaba un ruido. El centro tenía la música del Rastro, pero solo hasta medio día. Ni siquiera en La Latina se escuchaba al argentino pedir un poco más de mate. Era un desierto de luces tras la puerta, de edificios repletos de sofá y manta, de sopa de cocido y de una barba de dos días que mañana se afeitará. Una cena de sobras, un libro acabándose, otra vez la película esa y el atasco de entrada a sesenta kilómetros de casa. De fondo, siempre un Carrusel Deportivo y la quiniela esperando a que se haga el milagro. La rutina.

Los sábados, en cambio, se celebraban en la calle sabiendo que un día de ventaja amortiguaría la resaca de una comilona de amigos, de ponme otra, primo y todo

aquello. **Un sábado por la mañana tenía el superpoder de la eternidad.** Cualquier plan, por lejano que fuera, tenía cabida en ese sábado que era un mes de junio. Con todo el verano por delante. Y se venía un viernes que siempre pareció una terminal de tránsito entre dos vuelos que nos llevaban lejos para volver demasiado pronto. Los viernes siempre han perdido minutos. Porque el jueves se los fue robando a medida que nos hacíamos mayores. Por eso les dicen “juernes”. Así, los “gatos” comenzaron a salir también los jueves y dejaron que el viernes fuera cada vez más pequeño.

De esa semana que fuimos poco nos queda. **Hoy se mezclan las noches con los días y cualquier día es el mismo.** El lunes puede ser un miércoles o incluso un viernes cualquiera. Y nadie lo notaría. Pero de pronto llega el sábado y quién no le dice a usted que es jueves. Es algo evidente, cualquiera que pasee la ciudad lo ha notado. Hasta los barrios de oficinas, aquellos de mesón y mesa larga de lunes a viernes, tienen ahora tardeos y hora feliz mientras se hacen reformas de pisos con dinero prestado por padres de provincia. Las oficinas se agrupan en rascacielos y muy pronto serán viviendas, al estilo neoyorquino, donde la gente sigue trabajando en zapatillas, con chaqueta por arriba y pantalón de pijama por abajo, alimentándose de comida china traída por algún inmigrante en bicicleta.

Por el centro, hay domingos por la tarde que lo mismo son jueves. Y hasta a los museos les ha dado por abrir

algunas noches entre eventos privados de buena marca y noches blancas que hacen cola. Se baila mucho y se sale de fiesta. Colón y alrededores aglutinan a una generación que no piensa en irse a la cama, y que vive en las redes sociales. Pueden llevar sandalias en invierno y botas en pleno ferragosto. Trata de explicarles la importancia de los horarios y verás cómo te miran ¿Qué más da lunes, martes o domingo? ¿Acaso no sabes que eso ya no importa? Proclaman.

Me gusta que las cosas no cambien, que aún queden sitios en Madrid en los que hay personas que te miran cuando les hablas, que tienen su propio clima, su propia estación del año que te absorbe. Como cuando la acera estaba desierta. O cuando no encontrabas un taxi y caminabas veinte manzanas sin cruzarte con nadie. La ciudad era entonces solitaria, como un búho de la EMT, pero ahora se ha empeñado en quedarse despierta, y también tiene su cosa. Antes era difícil encontrar una cocina abierta a eso de las cuatro de la tarde. Hoy abren todo el día sin descanso, como rezan los carteles que anunciaban menú a diez euros con primero, segundo, postre y café. El chupito, de parte de la casa.

Ayer mismo me invitaron a la presentación de un libro el próximo lunes a las ocho de la tarde, **¿Cómo explicar que los lunes son de uno mismo, que no se comparten, no se prestan a la ligera?** Será que no quieren que vaya mucha gente, pensé. O quizá, lo que sabe ese buen editor es que el lunes es en realidad jueves. Madrid, imparable,

ya no distingue días ni estaciones. ¿Qué será lo siguiente, casarnos en domingo?

Aunque como dice mi amiga E., después de ver al monstruo gritando en directo y rompiendo siglos de diplomacia en una hora, tampoco hay ya ninguna diferencia entre una taberna y el despacho de un presidente.

3. Un margarita, por favor

Madrid sabe a tequila y se bebe de punta a punta en diez mil locales que nos hacen sentirnos más hispanos que romanos. Desde el Alamillo a Españolito, se cuentan milagros que se toman sorbo a sorbo, remadre, y un susurro se hace runrún, mientras termina siendo un canto a la libertad —que me partan la camisa—. Los hay con granizado, mucho más peligrosos porque entran solos, como si tuvieran en nuestra garganta una pulsera de “todo incluido” que arrasa con la mesa del bufé. Como les pasa a los desayunos de los hoteles.

Subo calle Atocha arriba, pasando por hoteles que han decidido poner los comedores a la vista de curritos y andantes. Hay quienes hacen de su plato un cuadro modernista con pinta de bodegón obscuro: bacon, huevos, fruta, salchicha, tomate, alubias, tostadas, cake; y cabreado porque le han dicho que no se sirve marisco en el desayuno incluido. Pues eso me pasa con los Margaritas. Se hacen humedeciendo el borde de un vaso con una rodaja de

lima y posándolo en un plato de sal para obtener ese toque perfecto. Después, en una coctelera, mezclen el tequila blanco, el triple sec y el zumo de lima con hielo. Cuelen la mezcla con un doble colado en el vaso preparado con sal y hielo, y listo. Es tal la devoción que los “gatos” sienten por esta bebida, que **muchos restaurantes de moda lo preparan entre su bullicio de etiqueta y las aspiraciones de bragueta** (no era buscado este ripio). Así, en los 33 o Trafalgar, como en otros tantos locales que están a reventar, se preparan los margaritas mientras la brasa y la música suben el precio de la cuenta. Aunque **no son baratos los margaritas. Ni para el bolsillo ni para la cabeza.** Luego la discusión del masculino o femenino. Unos dicen “los margaritas”, otros, “las margaritas”. Aunque yo no dejo de imaginarme ese ramo de flores blancas y amarillas que me deprimen desde niño. Por eso siempre digo “un margarita”.

Y porque es un cóctel, una bebida preparada con mimo y precisión, un trago de la tierra que sabe a sal y a rayo; ácido, cítrico; un tanto lujurioso, incluso. **Me gusta que Madrid tenga ese sorbo en sus barras.** No vean cómo se lo hacen en el Del Diego, en la calle de la Reina. Si es que no se puede ser más hispano en esa frase. “Un margarita en Del Diego en la calle de la Reina”. Ahí tienen a México y España, el Atlántico, la Corona y la tajada asegurada. No me digan que no era inevitable siendo lo que fuimos. Al lado, en el Cock de mi amiga Teresa Nieto, te hacen el margarita como si todos los *barman* conocieran el secreto

de la tierra prometida. No debe de estar lejos de allí. Pero no se crean que esto de los margaritas es cosa de lugares de noche. El de Richelieu sabe tan bueno como el de la Casa de Méjico. Y sí, sigo diciendo “Méjico” y no “México”, como también pido “un margarita” y no “una margarita”.

Esa es otra de las cosas que se van perdiendo, como el *jotabé* con *cocacola*. El cubata se ha marchado y ha dejado sitio a los margaritas. Del mismo modo que la equis va comiéndole el terreno a esa jota que va dejando de sonar. Como en la canción de Richard Cocciante. Vaya Margarita esa. Todas las estrofas parecen escritas con jota de lo que rasca con su voz rota pero insaciable. No hace falta escuchar narcocorridos para disfrutar de un buen margarita. Al final éramos imperio también hacia el Mediterráneo y algo nos queda. De lo que sí que estoy seguro es de que un margarita es lo que se bebe hoy en esta tierra que vive “una movida” de cócteles y tardeo. **Una ciudad que ya tiene mañanas de niebla y resaca punzante.** Ese Madrid que de noche se va a los años veinte y que paga en las cuentas más por la bebida que por la manduca. Pero qué bien lo pasamos. O “la pasamos”, que para eso de gozar las reglas siempre fueron más flexibles.

Madrid sabe a tequila porque se bebe en margaritas. Y aquí, como decía Paco Umbral, con Madrid como excusa para seguir escribiendo.

II

LA CIUDAD QUE SE ESTRENA

La vida no galopa, sino que se lanza al vacío – Tú
que pensabas que a Madrid se venía a tocar la glo-
ria – No vaya a ser que te equivoques y te creas
que ella te quería

1. Chinos, los nuevos taberneros del viejo Madrid

El barrio de Pacífico desprende un halo castizo que se alimenta de lo que viene de fuera. No es de extrañar, pues se orilla en la salida hacia el Mediterráneo, roza con Vallecas y tiene de jardín el parque del Retiro. Así se escribe en la historia de **esta ciudad que pertenece a tantos que han hecho de Madrid la España de todos**. Aún es barrio, por muy cerca que esté del puerto de Atocha, ya que todos los viajeros miran hacia el norte cuando arriban, dejando que en estas cuestas del suroeste mantengan su hogar quienes vinieron a hacerse las Castillas tras la guerra que nos deshizo. Los bares, que se multiplican en cada manzana alargando el salón de sus paisanos, llevan algunos años mutando de dueños, pero tratando de guardar las formas que los hace así de siempre. El Castilla, La Dehesa, La Esquina de Cavanilles son algunos ejemplos de estos establecimientos que ahora regentan y sirven ciudadanos chinos. En ellos se cortan lonchas de jamón a pata vista, se tiran cañas, sirven tapas de boquerones y

torreznos y los menús del día tienen los precios más bajos de la zona. La única diferencia es que el tabernero no confiesa y solo fían si “eles de siempre”, pues hasta para eso copian lo que vieron, haciéndose “gatos”, como buenos copistas que son los orientales. Hace décadas, los bares de esta zona compraban los posos de café sobrantes que servían en el Varela y similares. Ahora no es así. Mercedes y Enrique, de ochenta y cinco años, llevan viviendo en Mariano de Cavia desde los años cincuenta: “el mejor café lo sirven aquí”, me dicen, y Fan, que regenta uno de estos establecimientos, les sube el carro de la compra hasta el ascensor cuando vienen cargados del mercado. Los primeros chinos que llegaron a Madrid servían arroz con pollo y tallarines en Gran Vía, sentados sobre las cajas que contenían las raciones de la manduca nocturna. Pero las sucesivas crisis económicas han dejado hueco para trasposos y alquileres, y ahora son ellos quienes custodian las viejas tradiciones que fueron los negocios hosteleros en familia: ella en la cocina, él en la barra y, en fiestas de guardar, con el primo o la prima del pueblo echando una mano para hacer el agosto.

Madrid es una ciudad viva en constante mutación, pero queda de lo que fuimos. Los primeros meses mantienen a los cocineros para saber cuajar el pincho de tortilla. Una vez dominan la vuelta de sartén, la cosa se queda en casa para ahorrar en sueldos y molestias. Esta zona de Madrid tiene los amaneceres más luminosos. Mira desde arriba a la M-30 y las mañanas se llenan de coches que

entran en la ciudad a ganarse el pan bendito. En los bares de siempre suenan las tragaperras, los mixtos se tuestan en la plancha a 2,50, y **en la barra hay un Wang al que llaman Pepe, porque a los madrileños nos cuesta cambiar de costumbres**, por mucho que el ritmo de la calle pretenda que lo hagamos al son de cómo derrapa la vida.

2. De perros y perras

Tenemos más perros que niños, aunque uno no termina de entender por qué. Este viernes, san Antón bendecía en la calle Hortaleza de Madrid a los miles de canes y animales de otras muchas especies que se acercaron para conseguir el milagrito de su agua bendita. Una de las personas que acudieron comentaba que su chihuahua sufría de tiroides y depresión. El pobre animal ya no estaba ni de lejos tan contento como acostumbraba. ¿Y cuántos años tiene? Catorce, contestaba la compungida dueña. Me recordó el día en el que falleció al abuelo de un amigo. Le llamé para darle el pésame. Le pregunté por la causa de su muerte, pero él insistía en explicarme lo bien que estaba el padre de su padre antes de la fatal noticia. Me dijo que la semana anterior estuvieron jugando al golf, que era increíble lo bien que caminaba, alegre, activo, y lo poco que se esperaban en la familia el fatal desenlace. Después de una conversación de diez minutos en la que continuaba en la sorpresa que supuso para todos en casa

el final de sus días, por fin me reveló la edad de su abuelo. Tenía ciento dos años. Hombre, Juan, ciento dos años es buena edad para morir. Pues nos ha cogido a todos por sorpresa, me contestó.

Es curioso el modo en el que nos imaginamos una forma de vivir ajena a la naturaleza. Lo que de verdad era un milagro es que el abuelo de Juan pudiera jugar al golf con ciento dos años. Pero para ellos fue todo incomprensible. Entonces me recordó **lo extraños que podemos llegar a ser como personas**. Imagino con precaución que, dentro de cinco o diez años, las residencias de ancianos estarán llenas de canes pidiendo visita para ver a sus dueños. Visualizo perfectamente un cajero con un pastor alemán de pie cobrando la pensión de su amigo inseparable porque este ya no puede bajar a hacer la compra. **Una ciudad en la que haremos cola en el supermercado con galgos y labradores**, mientras la cajera del súper les pregunta si quieren una o dos bolsas. Me preocupa sobremanera si los *jack russel terrier* cotizarán por nuestras pensiones o si será cosa de *yorkis*, así tan pequeños y tan monos que obtendrán con su carita de pena el jurdó de nuestra necesidad futura. Lagartos, gallos (de pelea como los de los Fernández), iguanas o gatos, tan felinos ellos que seguro serán los que sostengan nuestro sistema a largo plazo. **Siempre hemos vivido equivocados**. Ese será el motivo por el que Madrid se conocerá como la ciudad de los gatos. Porque será cosa de ellos, de los callejeros y de los siameses, de quienes dependerá un futuro en el que no se

tienen hijos por pereza y porque para tener que recoger excrementos, mejor los de un animal que los de tu propia descendencia.

En Madrid hay más de cuatrocientas mil mascotas mientras que niños, niñas y niñes suman un total de trescientos veinte mil. Estos datos son del INE de hace algunos años, con lo que imagino que ahora habrá menos niños, niñas y niñes, y más mascotas. Así que, queridos lectores, **nuestro futuro está irremediablemente relacionado a que los enseñemos a cotizar.** A los animales, claro. Que san Antón sea el patrono de los animales es cosa de leyenda, ya que en su vida estuvo relacionado con ellos. Fue un rico heredero que, al quedar huérfano, donó toda su riqueza a los pobres y se retiró a Egipto para tener una vida contemplativa y austera. Años después se comenzó a animalizar su historia. Mientras que algunos extendieron que san Antón había curado a una cerda salvaje y a sus crías, otros, como san Jerónimo, decían que un cuervo hizo de camarero cuando san Pablo, el ermitaño, y el bueno de Antón se conocieron. No solo eso, sino que cuando murió Pablo, cavaron una tumba digna san Antón con dos leones que no dejaron de utilizar la pala hasta que se consumó el sepelio.

Hoy es una profesión de riesgo criticar a los perros y gatos de una ciudad. Que se lo digan a Arcadi Espada. Pero también se trata de un reflejo que demuestra el modo en el que, en la ciudad, las personas se van volviendo cada vez más sorprendentes. Por supuesto, en modo

irónico. Pasé el viernes por la calle Hortaleza para ver exactamente cómo se cocía el asunto de las bendiciones. Me dieron ganas de que me bendijeran a mí también, pero para eso hace falta ser perro, gato, iguana o canario. En la ciudad ya no hay sitio para niños.

21. Nacho Vegas y el placer

Escribe Nacho Vegas este verso: “Quizá cualquier placer sea un alivio”. Nacho tiene la manía de hacer cosas que duelen, que curan, que recuerdas, que sufres o que dibujan una mueca de bienestar canallesco para el resto del día. De nuevo, tiene razón al decir que “quizá cualquier placer sea un alivio”. No importa su tamaño. A veces basta un vaso de agua fría cuando hace falta, o el humo del cigarro como si fuera un pequeño milagro cotidiano. Son cosas que no salvan la vida, pero la sostienen. El placer funciona como una rendija. No abre la puerta, pero deja pasar aire. No resuelve el cansancio ni borra la herida, pero interrumpe la presión que se acumula dentro. Ese segundo basta, aunque sea un instante. Hay placeres mínimos que casi parecen insignificantes. No duran, no prometen nada. Y, sin embargo, ahí están, devolviendo un poco de vida a lo que parecía gastado.

El alivio no es lo mismo que la felicidad. Es más breve, más humilde. No necesita futuro. Se conforma con

el presente inmediato. Un alivio llega y se va, pero en ese lapso cambia algo: el dolor baja el volumen, el peso se reparte, la oscuridad se rompe un poco. Quizá busquemos demasiado en lo grande, en lo duradero. **Queremos que el placer se convierta en sentido, en respuesta.** Pero lo que nos mantiene despiertos no siempre es lo trascendente. A veces es el gesto más simple. El placer tiene la forma de lo concreto. No hace falta adornarlo: basta con reconocerlo. “Quizá cualquier placer sea un alivio”. Y no hay que pedirle otra cosa. Si la vida es peso, estos momentos en los que se vuelve soportable. Lo demás puede esperar. Mientras tanto, un respiro, un trago, una chispa. Y con eso basta. Leonard Cohen decía que “en la oscuridad, la luz entra por las grietas”, y qué mejor grieta que un placer que viene a recordarnos que estamos vivos. Para aliviarnos. Para alejarnos de esta cosa tan nuestra de estropearlo todo con y tú más y yo qué sé.

Las letras de Nacho Vegas parecen demorarse; tienen su propia medida del tiempo. Se posan en lo pequeño, en lo que de verdad merece la pena. Y en esa pequeñez —tan leve, tan frágil— aparece la hondura. Todo está dicho a media voz, como si la palabra temiera gastarse. Hay un temblor de confesión y, a la vez, una serenidad antigua: la de quien contempla la ruina con una mirada callada. En sus canciones, el tiempo se repliega; la emoción no estalla, se insinúa. **Así, lo cotidiano se vuelve literatura.**

Nacho Vegas es un guaje de Madrid, pues la ciudad ha sido con él generosa y a la vez también distante. Cuando

publiqué El Puente de los suicidas, tuvimos un momento que no olvidaré jamás. Sus primeros años en esta ciudad fueron cerca del viaducto de Segovia. Él miraba al norte con pena, y en su cabeza se formaban canciones como Ana, la friolera, que cuenta la historia de una mujer que quise incluir en el libro como personaje. Los dos nos emocionamos y presentó la novela en Gijón. También interpretó esa canción para el público de un abarrotado Toma 3, en Marqués de Casa Valdés. Fue una de las mejores tardes de mi vida y Nacho fue conmigo un caballero de formas añejas y ternura absoluta.

Este nuevo sencillo de Nacho es la precuela de algo que vendrá muy pronto. Cada nuevo disco del gijonés es un acontecimiento, y es el mejor antídoto para la mediocridad que nos rodea. El sábado es vuestro, os pertenece. Dejemos de lado la monotonía del escándalo a la que nos estamos acostumbrando. **La vida pasa en cualquier canción de Nacho Vegas.** Quizá cualquier placer sea un alivio. Y escuchar a Vegas es, sin duda, la mejor manera de entenderlo.

III

LA CIUDAD DE LOS MIL PUEBLOS

Ay, Madrid, cuánto me dueles – La belleza, muchas
veces, radica en su fealdad – Tintas que van escri-
biendo de mestiza nuestra historia

4. Lavapiés del Bronx

Dicen que el nombre del barrio se puede deber a dos cosas. La primera de las teorías sostiene que, al ser una zona de cuestras, razón por la que siempre será un barrio de pobres, las lluvias formaban unos torrentes hacia el Manzanares que dejaban los pies de los transeúntes bien limpios. La segunda se refiere a que en esa zona de la villa, en tiempos de Felipe II, se abrieron las primeras posadas para todos los que llegaban a Madrid de Andalucía o Extremadura, y que debían lavarse los pies llenos de arena y cansancio antes de acceder a cualquiera de los locales donde buscaban cama. Sea como fuere, en **Lavapiés sigue habiendo unas cuestras infernales y también se orillan personas venidas de todo el mundo**, haciendo de esta bajada de Madrid **un Bronx de mil procedencias distintas**.

Entre sus calles uno no pasea, sube o baja, como mucho. Desde Tirso de Molina, apodada la “plaza de las flores”, se corona el Madrid centro y empieza ese ir y venir

de prisa que tienen todos los que la cruzan. En uno de sus balcones observa el tiempo Joaquín Sabina, ilustre del todo, mirando desde su atalaya **un Madrid frenético como una canción que baila entre la poesía rota y el verso que corrompe al desengaño**. Aunque nada mejor que hacerse con el libro que acaban de sacar sobre el maestro de Úbeda Julio Valdeón y Juan Puchades (Sabina, Inventario 75), editado por Efe Eme, donde se entiende por qué es un gigante de la canción y la pena. Justo al lado, si ustedes bajan por la calle de San Pedro Mártir se toparán con Badila, un auténtico bistró castizo donde se come gloria bendita el menú que Miguel Ventura dispone para que la vida se quede un rato sobre la mesa. En su salón se cruzan directores de cine, editores, escritores, vividores y todo tipo de clientes que buscan eso de comer mejor que en casa cuando cruzan su puerta. En esa misma esquina vivió Pablo Picasso y en la puerta de al lado Pepe Isbert, para que luego no digan que también estuvieron allí.

Si siguen bordeando el barrio, en la calle del Olmo esquina Olivar resiste el nuevo Candela. Lo que fue será irrepetible, porque ya se fue Miguelito Candela cansado de tanto trasnochar. En su cueva, Paco de Lucía, Tomatito, Camarón, Enrique Morente o los Habichuela, desde Juan a Pepe y de Antonio a Josemi, el flamenco tuvo entre sus paredes a esa aristocracia del cante y el acorde que fue testigo de cómo conquistaron el mundo. Este que escribe vio a Lenny Kravitz tratando de entender de qué

iba eso del duende mientras la noche dejaba paso a un nuevo día, sin prisa, entre seguidillas, alegrías y fandangos. La vieja Mesón de Paredes sigue larga y ruidosa hasta la Ronda de Valencia. Le robó su nombre a una posada de viejo y mantiene algunas de las corralas históricas de ese Madrid que se apiña por sobrevivir. La del Sombrerete, por ejemplo, que se hizo patrimonio nacional y todo. La plaza de Lavapiés es un tanto inquietante. Del menudeo al locutorio, siempre hay gente que te mira y uno no sabe si va o vuelve. Es sin duda el centro de todo el que vino de fuera, y no es raro encontrarse con algún truhan que trata de llevarse lo que no era suyo. Pero el foco se ha ido a su vecina plaza de Nelson Mandela, donde se vuelca y se huye de la Policía con más asiduidad.

Madrid tiene en Lavapiés a un hijo un tanto descarriado, de los que no obedecen siempre y se escaquea de las normas que siguen los demás. Los trasteros son ahora pisos de alquiler, se ven turistas algo perdidos y a personas que no quieren que sepas lo que hacen. Pero tiene esa poesía innata de la historia que fuimos, calles como la de la Fe, de la Primavera o del Amparo, que nos demuestran que, a veces, vivir en una calle es como hacerlo en una canción.

8. Little Caracas, el viejo barrio de Salamanca

Lo del barrio de Salamanca es un éxodo en toda regla. No hay portero de finca que no acuda raudo a las inmobiliarias para avisar de los finados de “toda la vida” que van dejando en herencia esos pisos enormes que al poco se venden a catorce mil el metro cuadrado. Las propinas que reciben son generosas, y del mismo modo que antes leían el *ABC* porque lo compraban los dueños de la casa (*dixit* Umbral), ahora hacen ojitos cada vez que ven una ambulancia apearse al portal, que les reportará un sobresueldo con denominación de origen caraqueño. **Los tequeños son el nuevo solomillo a la pimienta**, no hay restaurante que no los tenga en sus entrantes, como tampoco faltan puestos de venta en el Mercado de la Paz donde hacerse con arepas, queso fresco o guasaca. Uno se pasea por Serrano o Velázquez y **si cierra los ojos, además de darse un golpazo, solo escuchará bonora, chamo, chamba, pasapalo o sócate**, porque así suena la calle en estos tiempos. Según se baja hacia el Retiro la cosa va

a peor. Jorge Juan, por ejemplo, hace la ruta diaria de empezar comiendo en marcas registradas para terminar en la barra del Amazónico o el privado, en el que despachan rones prohibidos a sesenta pavos. Hay sitios que aguantan y son exquisitos, como la Trainera de Lagasca o el Babero del callejón de Puigcerdá, pero la gran mayoría cambia tanto de nombre que **uno ya no sabe si entra en una discoteca o en un restaurante** en el que sabes el palo que te van a dar en cuanto pisas la moqueta recién estrenada.

Estos días son bullicio y comidas de empresa; de noche, las luces de Navidad pintan de parque de atracciones las caras de los viandantes y cuando pretendes ir a un sitio, llegas tarde porque es un nuevo local que no esperará al veinticuatro para ser otro distinto. Es un frenético cambio de ilusiones, unas rotas por la ruina y otras intactas de pretensión. **Lo que más se ve son cachorros adinerados** que se pasan el día con bolsas de marca, de terraza en terraza bajo un chorro eléctrico que calientan su nada que hacer. Los vecinos que aguantan el cambio de dólares se refugian en el Milford de Juan Bravo. Ese bar de viejo que fue ruta de los cardenales cuando se llamaba Fleury mantiene intacto el trato añejo de las cosas bien hechas. El pincho de tortilla sigue siendo el de Casa Dani, aunque en Ortega y Gasset sirven uno en Colissimo que chamusca la cebolla y les hará gozar de gusto.

Antes todo pasaba en Embassy, pero también fue víctima de la especulación y ahora las señoras se refugian en Cristina Oria, que es un sitio fabuloso para todo lo que

sea llevarse algo a la boca. Los oficinistas se pasean en tartera porque no pueden permitirse los menús de ningún sitio, y muchos de ellos esperan a los repartidores de Glovo para comerse un sándwich mientras sueñan con ser algún día Gordon Gekko. Es un contraste curioso porque son **obreros de traje y corbata** que fichan veinte horas más a la semana que la señora que pide monedas en la puerta del Mallorca, y que te pone cara de tieso si no aflojas. Pronto la veremos cobrar con datáfono.

Lo mejor del barrio de Salamanca es pasearlo de mañana. Aún percibes esa extinta esencia que fue algún día y, mientras se despereza, uno observa las persianas bajadas de los que se acuestan tarde y no tienen prisa por volver a hacer lo mismo. Cuánto ha cambiado la ciudad. Cada día se parece más a *Knightsbridge*, que para ver a un inglés uno tiene que bajarse a algún sótano. Aquí tocaría desempolvar un loden de algún armario donde vive escondido el viejo del barrio esperando a que esta pesadilla acabe.

